

UNA MIRADA POR DENTRO: LOS
FUNDAMENTOS KANTIANOS DE
EL INVIERNO DE GUNTER DE
JUAN MANUEL MARCOS COMO
UNA CRÍTICA DE LA CULTURA

LITA PÉREZ CÁCERES
Universidad del Norte



La tapa es llamativa y misteriosa. Bajo un cielo ominoso se eleva la fachada de una iglesia. Entre las nubes puede verse la cara de un tigre. Uno se pregunta entonces cuál será el mensaje del escritor. Los paraguayos reconocemos el templo como la Catedral de Asunción. El tigre nos trae reminiscencias de antiguas leyendas indígenas. Pero ese cielo invernal, sin sol, es extraño. El Paraguay se distingue por el sol, a veces inclemente, y por el verdor del follaje que cubre casi todos los espacios posibles. La enigmática y bella tapa de *El invierno de Gunter* convence al lector de sumergirse en su lectura.

Para quienes acostumbramos a leer autores paraguayos, *El invierno de Gunter* es un descubrimiento deslumbrante pero no fácil. En primer lugar, exige mucha colaboración del que lo lee. Pero este reto es difícil de rechazar. Luego de *Yo el Supremo* (1974), que marcó un antes y un después dentro de la literatura paraguaya, *El invierno de Gunter* se ha convertido también en un hito de nuestras letras. Obra experimental posmoderna, que demuestra los vastos conocimientos de Juan Manuel Marcos de todas las corrientes y técnicas literarias, incluso las

de ultravanguardia; es producto de un profesor profesional de Literatura en las más competitivas universidades norteamericanas, donde ganó todos los concursos del escalafón. Tal catedrático ha tenido a su libre disposición el vasto paisaje del pensamiento intelectual y humanista del mundo entero. Visitó imaginariamente el amplio bazar del mercado novelístico, y definió la estructura de su novela en plena posesión de ese panorama. Asumo que le habrá sido difícil decidir cómo quería contar su historia, para que gustase al lector, y también le produjera ese efecto residual de toda buena novela, el que nos hace alojar para siempre a sus personajes en nuestra memoria y en nuestra emoción, y los hace aflorar cuando vemos o vivimos imágenes semejantes en la vida real.

Es indudable que, además de la inspiración, Marcos tuvo la agudeza necesaria para crear un libro retrato, en el que nos reflejamos los paraguayos como éramos hace unos 20 años, y en gran medida, lo seguimos siendo. *El invierno de Gunter* fue escrito sin nostalgias, sin sentimentalismos edulcorados por la distancia. Su autor pensó en él durante más de una década, y cual Penélope, tejió la urdimbre de su obra, cada noche, para rehacerla cada vez que hiciera falta.

La crítica reciente ha puesto de relieve la influencia de las ideas del gran teórico ruso Mijaíl Bajtin en la concepción narrativa de *El invierno de Gunter*. En este ensayo me propongo explorar los fundamentos éticos de los personajes de la novela, a la luz de las ideas del filósofo alemán Immanuel Kant, muchas de ellas aún vigentes hoy con una fuerza insoslayable.¹ Nos dirigiremos a *El invierno de Gunter*, navegando con la sola vela de nuestra observación, al impulso de los vientos favorables y la luz de la intuición, para llegar a Ítaca en plena posesión de los secretos del Ulises literario. Trataremos de descubrir las costuras internas del libro, tal como lo hacía García Márquez en su ya lejana juventud, cuando un libro lo subyugaba. Advertimos a los lectores que este ensayo será

como una visita guiada al vasto, terrible y, en ocasiones, inescrutable mundo de *El invierno de Gunter*. Universo poético, humorístico, policíaco, que muestra la sutil habilidad del autor, quien nos hace guiños desde el anonimato y la invisibilidad de su trono de amo y señor de su creación. No pretendemos hacer una disección de su estilo, ni explicar todos los inagotables misterios que plantea su argumento. Nos remitiremos a esos seres de papel, desde el punto de vista de un lector, quien es siempre el destinatario final de toda obra literaria. Al lector le pertenece la interpretación de cada obra que lee. Por eso trataremos de seguir a cada personaje en la aventura vital de esta novela.

La acción parece transcurrir en Corrientes, una provincia argentina de la región de la Mesopotamia, con características geográficas muy similares a las de Paraguay. Hay mucha agua. Hace mucho calor. También en ella se extienden los efectos de una dictadura parecida a la que tuvimos los paraguayos.

Todo se hace con mucha pasión. La pasión y el fatalismo, que parecen invencibles, son herencia inevitable y común de pueblos tan semejantes como el paraguayo y el correntino. Agobiados por el calor, por la lujuria de la vegetación, los nacidos en latitudes tan tropicales parecen vegetar, indolentes, a la espera de un milagro que los salve de tiranías e injusticias. Pero hay entre ellos también, otro tipo de seres: impulsivos, arrojados, capaces de luchar hasta la muerte para defender la causa de la libertad. Después de rebatir brillantemente el concepto de naturaleza de Rousseau y contrastarlo con el lúcido e irrefutable de Kant, una realidad de la naturaleza sobre la cual triunfa el ideal de la libertad, García Morente pasa a describir el “sentimiento del deber” de Kant, en el cual se basa todo sentido de la dignidad moral: reconocernos como personas es saber que estamos “llamados a realizar una noble tarea”.²

El lector no tarda en darse cuenta de que Corrientes es

Asunción, porque el espacio es el mismo. ¿Por qué entonces “Corrientes”? ¿Disimular, huir de la censura? No parece una hipótesis muy probable en una persona como Juan Manuel Marcos, que ya desafiaba a la policía de la dictadura a los 16 años de edad, como presidente de la Federación Secundaria de Academias Literarias. El libro, que incluye literalmente frases como “¿Qué puede ser peor que Stroessner?” fue presentado en Asunción, fiel a su costumbre, por su propio autor, en la cara de la dictadura, en septiembre de 1987, en una gran librería repleta de público y pyragües. Deliberadamente Marcos eligió para que lo presentara, no a otro escritor, sino al grupo vocal de protesta más virulento de la época, Sembrador, y se lo dedicó a Rambo Saguier, quien estaba en Tacumbú, y a Alfredo Seiferheld, quien estaba presente, aunque ya muy enfermo, en nombre del clausurado *Diario ABC Color*.³ “Corrientes” es un juego más de palabras, tierno homenaje a los ríos sudamericanos y a las “corrientes” que surcan el cuerpo verbal de la novela.

En *El invierno de Gunter* hay protagonistas maduros: Pancho Gunter y Toto Azuaga. Otros son viejos, como el obispo Cáceres, el coronel Sarría-Quiroga, el brigadier Larraín. En los jóvenes, como Soledad, Verónica, Alberto y Chipi recae la responsabilidad de la rebeldía, la protesta. Aceptan el deber que la vida les impone. Aparte, en el esplendor de su singularidad, se encuentra Eliza Lynch, esposa de Gunter, amante de Azuaga y tía política de Soledad, la joven presa y torturada por las fuerzas represivas de la dictadura.

Los personajes maduros son más conservadores. Solo algunos extienden sus manos solidarias, otros prefieren mantener el statu quo aun al costo de vidas inocentes.

Pancho Gunter pasa el caluroso invierno en la provincia donde su sobrina Soledad, hija de su hermana Amapola, está presa. Apenas aparece en la tercera parte. ¿Merece figurar en

el título? Creo que sí, porque ese invierno lo ha transformado. Él, nacido de un útero químicamente ario, siguió toda su vida el derrotero que pensaba era el políticamente correcto; lo hizo sin desvíos y el premio a ese esfuerzo significó convertirse en un próspero tecnócrata, muy bien ubicado en los organismos financieros internacionales de Washington. Cuando sus hormonas se lo urgieron, eligió como compañera de vida a la mulata Eliza Lynch, su antítesis ética e intelectual. Trata de salvar a su sobrina Soledad, cuyas ideas no comparte, recurriendo a sus influencias, pero nada inmuta a los militares que la torturan en una celda oscura. Ese invierno, en Corrientes, fue muy diferente a su “primer junio de miel” en España. Gunter, hombre liso, sin aristas ni vértices, igual, pese a sus años, a aquel jovencito moldeado por un “consulado dentífrico”, tiene, sin embargo, un punto débil: Eliza. Luego de la muerte de Soledad, decide vivir su tiempo de jubilación allí, en aquel lugar olvidado del mundo, donde los derechos humanos y la libertad son desconocidos.

Poco a poco se va revelando la historia. Eliza, tía política de Soledad, siente por la muchacha una gran simpatía y ternura. En una de las peores dictaduras que han soportado los países de Sudamérica todo es posible, hasta que Soledad salga muerta de la cárcel. Pancho Gunter, esposo de Eliza y hermano de Amapola, madre de Soledad, comprueba que sus presiones no significan nada. Toto Azuaga, amante y colega de Eliza, es un profesor argentino de Literatura; en ambos los recuerdos se subliman con lecturas que sedimentaron en belleza, como en el poema de Wordsworth.⁴ Toto no puede hacer nada por Soledad: lleva su propia muerte dentro de sí.

Soledad, Verónica, Alberto y Chipi son los jóvenes. Soledad lleva una doble vida, un doble nombre. Sola, no tiene quien la proteja, pese a las promesas de su tío Gunter y la devoción de su madre. Su otro nombre, Malena, se parece al de la pecadora por excelencia: Magdalena, pero no encuentra

quien la redima. Malena se prostituye durante tres días por semana, en un burdel de última categoría, y con el dinero que gana paga sus estudios en un colegio para muchachas adineradas. Ella explica en una carta, que finalmente no envía, que gana algo con ciertas changuitas porque le preocupa su madre, quien no tiene dinero para pagar ese colegio. Verónica y Alberto son hijos del opulento abogado y estanciero Evaristo Sarría Quiroga y de una madre con trastornos mentales. Jóvenes a la deriva, beben con fruición su libertad y nadie los controla, pese a que el padre trata de inculcarles ciertas nociones de clase alta, que ninguno de los dos tiene en cuenta. Los hermanos se rebelan contra la moralina que tratan de imponerlos.

Curiosamente ambos, Alberto y Verónica, están enamorados sin saberlo de la misma doble joven: Soledad – Malena. ¿Cómo pueden ser héroes “kantianos”, paradigmas del deber, estos jóvenes a la deriva? Lo son precisamente por eso: por estar a la deriva, pues ese deambular desestructurado, provocador, intransigente por un mundo que les repugna es el que los hace agentes de una “crítica cultural” a la sociedad, independiente de los cánones rígidos del misticismo dogmático o las reglamentaciones contrarias a la conciencia, en la que resuenan, con sublime vigor, las propias palabras de Kant en todo su poderío: “la razón carece de autoridad dictatorial”.⁵

Si los maduros no pueden lograr resultados, en tanto los jóvenes desafían el autoritarismo y la represión de la dictadura, los viejos son el otro polo fuerte. Ellos, como los dinosaurios, defienden sus privilegios, el orden que han impuesto con saña y sin misericordia. El diálogo entre Sarría Quiroga y el brigadier Larraín es un ejemplo de hipocresía, de falsa nobleza, de avaricia, y hasta podrían estar hablando dos bestias babosas. En un raptó de sinceridad el brigadier ofrece a Sarría Quiroga la prueba máxima de su servilismo, cuando el otro le confiesa que su hijo desea casarse con Malena – a

quien él no conoce, pero sospecha que no está a la altura de su hijo. “En cualquier momento le arrancamos las uñas”, dice el brigadier, con ínfulas de prepotencia omnímoda. Hace tiempo que estos dos han gastado sus sueños y siguen el camino que aún les queda por recorrer, sin dignidad, con la cobarde ferocidad que le da la complicidad con la ignominia. Ya ni siquiera tienen vergüenza por sus latrocinios y vicios ocultos. Juan Manuel Marcos describe al brigadier como alguien que tiene nostalgia de charreteras, y al potentado Sarría Quiroga, de estirpe de conquistadores, lo pinta como el estereotipo del hombre adinerado que desea ser refinado, ansiando el brillo burgués del que no se siente seguro.

El obispo Cáceres actúa como una bisagra entre el mundo de los adultos y el de los jóvenes. Sabe lo que pasa en el colegio. Presiente el desmoronamiento de un mundo asentado sobre bases falsas. Los pensamientos de Cáceres corren como conejos en los túneles laberínticos de su cerebro, confundiendo y evocando días idos, guerras concluidas, luchas hasta el alba. Guerra con guerra y más guerra, improntas indelebles en la carne del macho que siente rugir jaguares en su sangre cansada. Ahora, en ese presente cruel, también hay una guerra, pero es ajena, y el anciano prelado ya no tiene fuerzas para combatir. Solo para ayudar a morir a otros, como el Padre Marcelín. El obispo Cáceres y Toto Azuaga forman parte del coro, no hacen mayormente nada, son personas esclarecidas que ya han perdido la fuerza vital, esa ilusión de libertad que es el motor de muchas existencias.

Entre los personajes femeninos de la novela se destacan tres: Eliza, Soledad y Verónica. En la obra de Marcos, como en la de otros autores muy significativos como García Lorca, Roa Bastos y García Márquez, las mujeres son los caracteres más fuertes. Los personajes masculinos están como a la expectativa, observando lo que sucede en esa Corrientes de papel, que es Asunción, que es Corrientes. El parecido entre la Eliza

Lynch norteamericana, mujer del siglo XX, audaz, liberada y solidaria, sabedora de sus potencialidades, que ha vivido la vida que le quiso dar su creador y la irlandesa Elisa Alicia Lynch, una mujer real, venida a menos desde la juventud, se da por contrastes, una es la antítesis de la otra, aunque lleven un nombre casi idéntico. Elisa Alicia, llamada Ela por el Mariscal, había nacido en Irlanda, en una familia poseedora de blasones y bienes, que se fueron perdiendo por factores económicos. Ella fue una sobreviviente en una sociedad que no perdonaba las transgresiones. Eliza, en cambio, puede hacer lo que desea y piensa, y pone en marcha sus proyectos. No teme ni debe pleitesía a nadie. Eliza es mulata, un color muy especial en su país natal, hoy el color de su Presidente. Elisa era pelirroja y sonrosada, en un país donde esos tonos resultaban exóticos. Eliza es una creación literaria. Elisa fue una mujer de carne y hueso, que inspiró muchas obras literarias sobre su vida. Eliza asume su condición de pecadora, tentadora y “los viejos profesores escandalizados” guardianes de la moral y de la tradición adivinan que ella se atreve a todo, que es toda subversión contra esos valores. Eliza no teme porque es revolucionaria como los jóvenes, y como ellos, iconoclasta.

La otra Elisa, la del pasado, como una heroína del romanticismo, había seguido sus impulsos e ido a un país desconocido para vivir allí su pasión. Soportó el rechazo de su familia política y la crítica de las paraguayas porque no estaba casada con el padre de su hijo, una costumbre inveterada en el país. Como otra heroína literaria, Ana Karenina, buscó la aprobación de la sociedad de las buenas familias, pero no la tuvo. Después, identificándose con las mujeres de esta tierra caliente, toleró que su hombre tuviera hijos con otras mujeres. En los días finales de la guerra ella protegió a Rosita Carreras, fruto de una relación del Mariscal López posterior a la de Juanita Pessoa y anterior a la suya, y se la llevó a París en ese

largo viaje al olvido. Eliza es muy inteligente, como lo fue Elisa. Lucha por su felicidad y Elisa lo hizo. Ambas debieron resignarse a ver morir a sus seres queridos. La mulata pierde a Soledad, la joven que hubiera podido ser como ella misma; la pelirroja, pierde a López y a su hijo Panchito. Ambas mujeres son fuertes como para resistir esa prueba y seguir viviendo. Elisa trata de recuperar la memoria sin calumnias de la figura de su amado Mariscal, y Eliza con su hija adoptiva, a la que educa para ser tan independiente y luchadora como ella misma.

Entre Soledad y Verónica hay mucha diferencia. Aunque ambas vidas confluyan en el mismo río, pues no tienen la protección de figuras paternas fuertes que las contengan y las guíen, cada una se despeña por atajos diferentes, y se encuentran en el santuario del amor. Hasta ese territorio inexpugnable llegan desesperadas, insomnes, con la sensibilidad a flor de piel, tratando de refugiarse de las crueldades del mundo en los abrazos de amantes que las dos se prodigan. Soledad es acusada de integrar un grupo subversivo y sufre una tácita condena a muerte, que no debe nombrarse ni conocerse, para guardar las formas. Se procede como en todas las represiones dictatoriales, no se dejan huellas.

Alberto es hermano de Verónica. Dominado por el carácter fuerte de la joven, hace lo que ella le ordena. Chipi, el otro joven, es apenas un testigo del poder que ejerce Verónica sobre él, poder que tiene cualquier mujer frente a un jovencito inmaduro, invadido por tensiones que no puede controlar.

El tono estilístico que eligió Marcos para *El invierno de Gunter* no es para nada monocorde ni plácido, fluye y cambia continuamente. El escritor hace gala de sus fenomenales conocimientos. No hay técnica literaria, por más prodigiosa que sea, que no asome en el desarrollo de su obra con maestría, desde luego, con oportunidad, con buen gusto. Por ejemplo, en algunos momentos se interrumpe la prosa, y la novela

es invadida por poesía, poblándola como un remanso de belleza. Los versos heptasílabos y endecasílabos son como fuegos de artificio en una noche de verano, destellan como ecos de Petrarca o Garcilaso, o como gemas entre guijarros, pero al mismo tiempo el finísimo arte de ocultar ese despliegue es mérito del autor y homenaje a Machado y Rulfo.

El estilo de Marcos es deslumbrante. Cuando la poesía y el ingenio asaltan su prosa, el lector tiene el privilegio de disfrutar unas expresiones que van iluminando la narración como letreros luminosos en la ruta de la lectura:

Clavado en esquinas y eclipses.

Del anillo al gatillo.

Lo han besado a quemarropa en la otra mejilla.

En esa nada negra como un cantante de jazz entre las nubes.

La coma esencial que postró en coma el tipógrafo.

Mangoré tensa la guitarra de John Williams.

La persuasión fragante del laurel.

Con esta tropa de tropo acumulado.

Con esta arqueología de mártires triviales desterrados del mar.

En la noche se encienden los humildes.

Como estas frases hay muchas más; son faros que van guiando la navegación del lector; el autor se oculta tras ellas pero es tan palpable su presencia, que ninguna borrasca es capaz de borrar la sensación de firmeza y deleite de quien lee la obra: llegará al final, sano, salvo y mucho más enriquecido de conocimiento y belleza. ¿Qué decir de la imaginación y el dominio verbal de un narrador que nos cuenta que los ojos del perro de Soledad estaban “cansados de leer a Dostoievsky”?

En nuestro viaje imaginario fondeamos nuestra nave en la página 57.⁶ Hemos ido conociendo a Eliza. Descubrimos sus pensamientos, sus diálogos secretos que fluyen con una fuerza

poética que nos embriaga. Como ya lo afirmamos, los lapsos entre comas, dan oraciones de siete sílabas que originan una sinfonía final, triunfante, armoniosa, sencilla y bellísima, que revela una Eliza sensible, cubierta por el manto de la nostalgia de la felicidad, de su cielo privado. En lugar de los cantos de sirenas que escuchó Ulises, los lectores escuchamos los poemas del texto, las profecías del colibrí y el jaguar celeste.

La prosa de Juan Manuel Marcos tiene vibraciones de un final majestuoso que empapa de música al lector. Con sustantivos que adjetivan, juegos de palabras y descripciones cuyos términos han pasado por el tamiz de la subjetividad del autor, esa prosa es un lujo. En otros párrafos hace descender al lector hacia zonas más tórridas, más primitivas. En uno de ellos, cuando Eliza se encuentra recordando su estadía en España con evocaciones poéticas, sutiles, con llamados a la identificación al nombrar los sitios que rodea con aura amorosa y clima machadiano, de pronto, en el discurrir de la conciencia aparece este pensamiento: “Los jovencitos españoles la tienen más gruesa”.⁷ Si nos pudiéramos a deducir qué incitó a Marcos para escribir algo así, una de las posibilidades sería esta: ¿demostrar que una mujer libre como Eliza no necesita adornar con virtudes de oropel el objeto de su deseo, como antes lo hacían las mujeres recatadas? Ese es el efecto secundario de las buenas novelas: siempre conservan algo de misterio, y continuamos preguntándonos enigmas no esclarecidos, puestos precisamente para hacer trabajar la mente del lector.

En el capítulo donde se habla de las promesas de los Karaí, en medio de una explicación antropológica que el profesor Azuaga trata de hacer comprender a sus alumnos universitarios, tan lejanos en su primer mundo del mundo salvaje de aquellos nativos del universo paraguayo, en ese momento, el autor incluye oraciones muy subidas de tono, dichas por Eliza y recordadas por Toto Azuaga. La frialdad del discurso académico es interrumpido y desgarrado por el frenesí sexual más

apocalíptico. Se podría inferir que Marcos lo hace como para ubicar al lector en su tiempo y su espacio, para recordarle que no está en un mundo mágico y no flota en la burbuja de los karaí, sino que en el siglo actual; las mujeres han conquistado una libertad similar a la que tenían las mujeres guaraníes: gozaban del sexo libremente, sin relacionarlo con el pecado, el prejuicio o el castigo. En este capítulo se define a los paraguayos mucho mejor que lo hubiera hecho una detallada descripción del país o sus habitantes. Revela la naturaleza mítica de esa tierra, las creencias de sus hijos, la abulia que solo les permitía hacer el esfuerzo de caminar hacia la Tierra sin mal, una especie de paraíso donde los frutos crecen sin esfuerzo alguno del hombre, donde no hay hambre ni penas. Tierra sin mal, especie de cielo, aburrido pero comfortable, en la cual los guaraníes habían simbolizado esa cosmogonía cuando aún no conocían la doctrina cristiana que promete el premio luego de la muerte.

Marcos pone al lector en situación de comprender las secretas motivaciones que mueven al paraguayo para actuar, de manera incomprensible, a veces, para otros, como la mejor manera de entenderlo en la fuerza de su fatalismo, esa energía que lo mantiene alerta pero sin actividad, esperando, siempre esperando el milagro que llegará en poco tiempo. Que el fuego termine con los malos y con lo malo de este mundo, que otros hagan la lucha, que otros más poderosos, más capaces de esa tarea titánica la ejecuten. El paraguayo entretanto, espera. Eliza, pues, hace el papel del colibrí que guía a Gunter, a inspiración de los jóvenes, a convertirse en una especie de post-paraguayo: un “héroe kantiano” que no se resigna a esperar a que otros hagan su trabajo, a que otros se sacrifiquen por él, sino que asume en toda su plenitud su dignidad moral, regresa a su patria, y exhibe el coraje de trazarse sus propios fines, como manifestación más alta de la libertad. El mayor discípulo de Kant del siglo XX, John Rawls, ha definido “el

rasgo esencial de la absoluta espontaneidad de la razón” como “su capacidad para marcarse fines a sí misma”.⁸ Pancho Gunter triunfa así sobre la cobardía y la desesperanza.



1. Sigo aquí la interpretación de María del Carmen Bobes Naves, para quien “Kant no admite un conocimiento científico de los objetos culturales”, y por lo tanto libera a la crítica cultural de los rigores epistemológicos de otras disciplinas y la hace descansar en los fundamentos del juicio estético. Cf. *Crítica del conocimiento literario* (Madrid: Arco / Libros, 2008), pp. 99-100.
2. Manuel García Morente, *La Filosofía de Kant* (Madrid: Ediciones Cristiandad, 2008 [1917]), pp. 198-201.
3. Actitud similar tuvo Marcos, con su compañero de creación Maneco Galeano, cuando en 1973 fueron amenazados por uno de los más temidos esbirros de la dictadura para no escribir nada contra el Tratado de Itaipú por orden directa de Stroessner. Compusieron entonces “El agua será nuestra”, la canción de denuncia más brutal de todo el Nuevo Cancionero. Naturalmente, ambos jóvenes fueron presos. En 1984 Marcos rompió la prohibición de regresar al país con que lo había sancionado la dictadura, tomó el avión de LAP y aterrizó tranquilamente en el aeropuerto de Asunción, de donde fue trasladado en el acto, al Departamento de Investigaciones.
4. “...Aunque nada puede devolvernos la hora del esplendor en la hierba, de la gloria en las flores, no debemos apenarnos, sino encontrar fuerza en el

- recuerdo”, William Wordsworth, “Intimations of Immortality”.
5. Citado en Norbert Bilbeny, *Kant y el tribunal de la conciencia* (Barcelona: Gedisa, 1994), p. 137.
 6. Juan Manuel Marcos, *El invierno de Gunter* (Asunción: Criterio Ediciones, 2009, 20 edición [1987]), p. 57.
 7. *Ibíd.*, p. 53.
 8. John Rawls, *Lecciones sobre la historia de la filosofía moral* (Barcelona: Paidós, 2007 [2000]), p. 351.